

Cuando, después de una acalorada y atroz discusión, él cedió, ya era tarde. Entre ellos se habían pronunciado esas frases que deshonran para siempre unas relaciones. El amante había mostrado toda la ferocidad de sus celos; la mujer había sido demasiado herida, y la huella que quedó en estos dos pobres corazones no podía borrarse.

No se conformó Francisco con que Paulina cerrase la puerta de su casa á Armando. Esto era una prueba; pero llevaba consigo la amargura del pensamiento del pasado, del de la época de la que estábamos celosos, sin que aún estemos convencidos.

No hemos asistido á la conversación después de la cual nuestra querida ha consumado una ruptura que nos consta sin conocer los detalles de ella, aunque se nos digan las palabras que ha pronunciado. Paulina, por ejemplo, pretendía no haber tenido que hacer más que dirigirse á la delicadeza del Sr. Querne pretextando los celos de su marido. ¿Pero cómo saber si no callaba algo? ¿La misma posibilidad de esta conversación, no indicaba un secreto entre ella y Armando? Así, pues, como todas las víctimas de la miserable manía que le poseía, Francisco encontraba un nuevo dolor en el mismo triunfo de su tiránica desconfianza. No sabía si Paulina había sido la querida de aquel hombre que ella le sacrificaba, cierto, ¿pero en qué condiciones? Cuando se llega á este punto en el camino de la cruz de la sospecha, el calvario no se hace esperar. ¿No valdría más separarse para sufrir menos? ¡Esto es pagar demasiado caras las dichas criminales del amor! ¡Y cómo librarse de esto! Quiere uno persuadirse entonces de que si-

guiendo á su querida día por día, casi hora por hora, mirándola vivir y sentir, llegará á tener de ella un juicio exacto, motivado, lucido, definitivo, como pudiera serlo el de un indiferente. Esto fué lo que pensó y lo que hizo Nayrac. A pesar de su reciente luto, volvió al mundo para encontrar en él á Paulina.

Fué la más desdichada imprudencia que pudo cometer en aquella crisis que atravesaba. Así es que los más crueles recuerdos de aquellas relaciones se referían á tal época. Veía á su amante en un salón, alegre y sonriente, en medio de esa atmósfera que rodea á una mujer joven y bonita, que agrada y que sabe que agrada, que quiere aturdir sus penas y que las aturde. Este espectáculo era un suplicio, como también lo era cuando la encontraba triste y absorta.

En el primer caso, él se sentía presa de una rabia profunda é irracional que tenía siempre como efecto desarrollar en la señora Raffraye una especie de delirio, de coquetería sombría y casi desesperada. En el segundo, varios remordimientos entristecían su corazón de amante tiránico y deseoso por tanto de la felicidad de la que martirizaba. La una y la otra impresión exasperaban en él la inquietud. La una y la otra le llevaban á emborrachar su amor en ese licor de la sensualidad cuyas funestas gotas destilan en nosotros un tan vergonzoso apetito de ferocidad.

El amante de novela que había pasado su primera juventud soñando con emociones sutiles, espantaba ahora á su pobre amiga por su fogosidad sensual. En todas sus citas había abrazos sin palabras, besos violentos y sin dulzura, la palpitación de dos seres que buscan el olvido ¡y qué olvido! ¡El de ellos mismos,

el del amor por el que sufrían! Y lo olvidaban, en efecto, mas para despertar de estas locuras con la amargura irritable, que es la razón fatal de nuestras degradaciones, él con más sospechas, ella más rebelde. Entonces las menores discusiones se convertían en luchas, á la amenaza siguió el ultraje y la provocación. Por nada se acentúan entonces las sospechas; haber bailado dos veces con la misma pareja; haber hablado durante algún tiempo en voz baja con este ó con el otro; haber ido á almorzar á tal casa; haber salido varias veces con una amiga para que fuera su cómplice en alguna intriga; no ver á tal otra, es tener algún secreto de rivalidad con ella. Desde muchos siglos el ingenio de los autores cómicos se ejercita sobre las disputas de este género, sin curar la rabia á los celosos y sin acostumbrar á ella la fiera rebelión de las mujeres que tienen juicio. Y entretanto las pupilas brillan, los labios tiemblan, la voz muerde, y después de haberse entregado el uno al otro con la fogosidad de dos amantes que tiene las horas contadas, se separan en una crisis con toda la cólera de la venganza. Sí... ¡cuántas veces estaban ellos lejos, sin tocarse la mano!

—Cree lo que más te agrada—le repetía ella con las mismas palabras, la misma expresión trágica, la misma mirada de odio que en la primera injuria.—No quiero saber más de ti. No me tratarías peor si fuera una prostituta.

—Estoy harto de tus mentiras, de tu cínica conducta, pues tú mientes, mientes siempre.

Paulina le miraba sin exaltarse ante este nuevo insulto y repetía:

—Sí... cree lo que quieras.—Y se iba para llamarle ó ser llamada casi en seguida. Estos cambios deshonorosos para ella y para él eran los únicos tiernos recuerdos que él guardaba de aquella afrentosa época. Recordaba que volvía él una noche al fin de un bello día de Enero bien tristemente pasado, y recordando también la llegada de Paulina, que no habiendo podido detenerse, se había escapado de su casa temblorosa, pálida para implorar una reconciliación diciendo:

—Nuestro amor está, pues, maldito... Yo te prometo ceder en todo... Pero cree en mí... Te lo suplico... ¡Cree en mí!

¿Qué significaban aquellas lágrimas, aquellos gritos, aquel beso que le había dado, estrechándole contra su pecho, aquellos sollozos y aquella agitación? Cuando él no estaba bajo la influencia de esta cruel manía que le rodeaba el cerebro de un círculo de imágenes tristes, y que le hacía ver á su querida traicionándole con uno ú otro, el decaimiento de su pobre cuerpo arrancaba lágrimas á Francisco. Sólo hacía un año que duraba el drama de sus miserables amores, y algunas veces le parecía Paulina otra mujer distinta. Sus ojos se habían hundido, adelgazado sus mejillas, su color era más pálido, y sobre todo su antiguo carácter infantil y alegre que ella conservaba hasta en la tristeza, habíase transformado en algo sombrío, melancólico, casi trágico. Pero esto no era más que un relámpago, y el atormentado amante se decía, que había visto mal á su querida otras veces, que entonces fingía una comedia y que ahora se presentaba como la verdadera Paulina, con una más-

cara de mujer de mundo.—¿Por qué? Y se respondía que sin duda por el remordimiento de sus perfidias, por la lucha de un alma presa de los sentidos, por el vicio tal vez.

En el extravío de sus celos llegaba hasta suponer que tenía diez ó quince amantes, á pensar en ella como en cosa despreciable, como en una verdadera prostituta; y cosa execrable, la amaba lo mismo, la deseaba con una apasionada exaltación cercana al dolor. Sí, la acusaba de costumbres monstruosas. Y sin embargo, si ella le había agraviado algo, sólo había sido con el señor de Querne y aún él no tenía pruebas de esta infamia. ¿Pero se tienen nunca estas pruebas? Además, él no podía dudar de otra intriga que había terminado con la irreparable ruptura. Hacia el final del mes de Febrero de aquel año fatal de 1877, un hombre había regresado á París, después de un largo viaje por Oriente. Su nombre había sido á menudo pronunciado por Paulina y Francisco durante dicha ausencia. Este personaje, muerto ya y conocido de algunos aficionados á las letras por algunos fragmentos póstumos de un extraño diario interno, se llamaba Francisco Vernantes. Era primo lejano de Raffrayé. La joven hablaba de él con voz conmovida y como del único amigo que encontró durante el más odioso período de su matrimonio. Nayrac se había formado de este amigo de su querida una imagen triste, y cuando le fué presentado por la señora de Raffraye quedó asombrado al verse ante un hombre de treinta y tantos años, de una fisonomía y aspecto demasiado jóvenes para desempeñar el papel de confidente desinteresado. Siempre

son difíciles las relaciones entre el amante de una mujer y el amigo íntimo de ésta, hasta cuando el amante está seguro de que no pasó el otro de la categoría de amigo. Así, pues, cuando el amante sospecha de su querida, ¿cómo ha de tolerar sin sufrir hasta la locura, estas relaciones cuyo grado de intimidad es siempre misterioso? Era, pues, inevitable que Francisco Nayrac llegase á estar celoso de Vernantes. Mas como presentía que aquellos celos marcarían el fin de su amor, no se abandonó á ellos en seguida. Por otra parte, su querida había procurado evitar esta nueva crisis, hablándole la víspera de la llegada de su antiguo amigo, de modo que en sus relaciones con él no quedase un punto obscuro.

—Es íntimo en nuestra casa,—le había dicho.—Y me es muy necesario. Es el único de mis amigos que lo es á la vez de mi marido. Te lo prevengo—añadió sonriendo tristemente—para que no tengamos disgustos con este motivo, porque te digo esto. ¿Si no crees en mí, cómo habías de creer ahora? Moriría, porque creyeras que te decía la verdad y no me creerías.

Francisco la miraba en silencio. Cuando entre dos amantes caen estas frases que los dos sienten demasiado verdaderas, es como una luz que se extiende á la vez al pasado y al porvenir y que les espanta. Saben los dos que por prever las miserias á que son llevados no las han de impedir, y aunque se toman resoluciones hasta sinceras, las enfermedades del corazón tienen leyes lógicas contra las que son ineficaces los razonamientos más firmes. Durante dos semanas no pareció que Nayrac sospechaba nada de la

visible familiaridad que unía al recién llegado y á la señora Raffraye.

En las tres visitas que Francisco había hecho á esta última durante la quincena, había encontrado dos veces á Vernantes. Las dos veces que había comido en las mismas casas que Paulina, Vernantes era uno de los convidados. Había tenido dos citas con Paulina, y de las preguntas que él la hizo, resultaba ya que ella había tenido á almorzar en su casa á Vernantes la víspera, ya que iba á ir al día siguiente, ó que había ido ó iría al teatro con él. Cada uno de estos hechos, que por sí solos no significaban nada, al unirse, hicieron que la antipatía de Francisco fuese en aumento. Esta antipatía era tanto más grande, cuanto que entre él y Vernantes había cierto parecido de naturaleza, cierta comunidad de temperamentos, analogías que constituyen el más violento principio de rivalidad. Solamente la identidad de sus nombres era para Francisco un aliciente de apasionada irritabilidad.

Al fin, el acceso de celos había estallado, no obstante las resoluciones tomadas y las promesas, acceso tanto más violento, cuanto más contenido había estado, y que al fin llegó á esta implacable alternativa en que puso á Paulina.—¡O él ó yo!—¡O no recibes más al señor Vernantes, ó yo no pongo más los pies en tu casa!—Francisco había chocado entonces con una resistencia de su querida, expresada tan categóricamente, que le llevó á la ruptura de sus relaciones, permaneciendo diez días sin verla y sin que Paulina hubiese hecho nada para aproximarse á él. ¡El cedió el primero! ¡Qué miseria!—Y se encontró

con una mujer ofendida que le dijo:—¡Es la última vez que te perdono! ¿Qué había osado decir? ¡Perdonarle ella á él!

Aún su sangre se agitaba indignada al recordar estas palabras, cuando en seguida pensaba en los hechos que determinaron su enérgica actitud. El primero de éstos era muy sencillo; pero en un corazón que sufre como en un cuerpo enfermo, los más vulgares accidentes provocan complicaciones mortales. Encontrándose un día de visita en casa de la señora Sermoise, tan conocida por su malicia como por lo ridículo de sus pretensiones literarias, se puso ésta á hablar largamente de Vernantes, cuyo nombre acababa de ser pronunciado, y después de haber trazado un retrato muy mal intencionado, concluyó:

—En fin; hele ya esclavizado á esa señora Raffraye. No valía la pena de huir tan lejos para volver como se marchó. Esta es la antigua historia de los enamorados. Se toma, se rechaza, se toma de nuevo y se vuelve á rechazar. ¡Y el marido sin enterarse de nada! ¡Qué comedia!

Frases parecidas se pronuncian en París por centenares y á todas las horas del día, desde la mañana, en que se pasea por el Bosque, hasta la hora en que se sale de la Opera; y los que las oyen, no les dan más importancia que la debida. Pero cuando sospecháis que vuestra querida os engaña, semejantes dichos caen sobre vuestra duda como el vitriolo sobre una úlcera. Agonizáis por no saber la verdad, y he aquí que otros parecen saberla.—¿Otros?—Sí, todos; desde la mujer indiferente que acaba con una sola frase de partiros el corazón, hasta el *cluman* que la

escucha sin asombro. No resistís entonces. Os es preciso interrogar á alguno á riesgo de deshonrar vuestro sentimiento á vuestros propios ojos con tal información. Habláis á unos y á otros de vuestro rival, cuyo solo nombre hace sangrar vuestro corazón. El uno os responde con palabras que ninguna relación guardan con vuestro amor; el otro os da detalles que conocéis, y no os detenéis hasta caer en una palabra que acaba de desesperaros. Así, después de haber insinuado en diez ocasiones su pregunta: ¿A quién hace el amor Vernantes? Francisco acabó por oír estas palabras á un vividor cualquiera del círculo de la calle Real.

¿Vernantes? Se dedica á las mujeres casadas. Creo que está ahora con la Raffraye... Se habla mucho de esto...

Este era para Francisco el segundo de los hechos que habían contribuido á su rebelión. El tercero era de otra naturaleza y menos imaginario. Próximamente una semana después de estar convencido de nuevo de que la sociedad no perdonaba la intimidad de Vernantes y de Paulina, más que lo que perdona las demás relaciones de esta especie, tenía una cita con la joven.

La mañana de aquel día, que era un martes—¡ahl no había olvidado ni la fecha, ni el cielo brumoso, ni la hora, ni sus amargas sensaciones,—recibió un billete de Paulina en el que ésta se disculpaba de asistir á la cita con pretexto de una jaqueca, añadiendo que iba á acostarse para ver si mejoraba, y que le suplicaba fuese á verla al siguiente día. Sí, bien se acordaba. Hasta las cinco había estado preguntando-

se si la excusa sería verdadera ó falsa. Al fin había salido, paseándose al azar, y una invencible curiosidad le había conducido, casi sin que se diera cuenta de ello, por el parque de Monceau, hacia la casa que en la calle de Murillo habitaba su rival.

La idea de que su querida había tal vez atravesado á menudo aquel umbral, le causaba profundo disgusto. ¿Por qué fatalidad se había él detenido á mirar aquella puerta, como presintiendo que iba á encontrar la certeza esperada desde algunas semanas? Nada tiene de extraño, que no creyendo más que á medias en el pretexto dado por Paulina, sospechase que había faltado á su cita para ir á otra. Un instante después lo que él vió en aquella acera donde se inmovilizaba en un vergonzoso espionaje, pensó que le iba á hacer morir de dolor.

Un coche, con las cortinillas medio caídas, como si quien le ocupara quisiera ocultarse sin que se reparase mucho en el coche, se acababa de detener ante la casa y entró en el portal. Nayrac se precipitó allí y llegó á tiempo para ver una mujer envuelta en un velo que desapareció por la puerta del cuarto bajo. Aunque le fué imposible distinguir las facciones de esta mujer, pudo notar que era de baja estatura como Paulina y del cuerpo de ésta. En fin, detalle insignificante, mas que para Francisco era prueba evidente; como el pañuelo del célebre drama, ella llevaba un largo manto negro en el que él creyó reconocer el de Paulina. Su angustia fué tan fuerte, que una vez que se alejó el carruaje, él tuvo la audacia de entrar también y de llegar hasta la puerta del cuarto bajo. Llamó, sin que nadie le respondiera. ¡Qué daño le

hacia escuchar el timbre! Iba á llamar por segunda vez cuando se oyó hablar al portero que en pie á la puerta de su habitación, le decía con la cara impasible de un cómplice inferior bien pagado:

—El señor Vernantes no está en casa.

¡Aquella era, pues, la habitación de su rival! Había salido del portal, presa de uno de esos accesos de duda que desencadenan en el hombre civilizado la bestia salvaje que siempre brama en el fondo de las agitaciones humanas. La necesidad de saber más había sido tan fuerte, que corrió al hotel de la calle de Francisco I, donde habitaba Paulina. ¡Qué sentiría cuando se le respondió!

—La señora está mejor, y ha podido salir esta tarde...

Aterrado por esta evidencia que crecía ante él de segundo en segundo, había tenido la idea de volver á espiar á la calle de Murillo. Pero se había dicho: ¿Y á qué? El campanillazo que he dado les habrá atemorizado, y ella habrá salido tan pronto como yo abandoné la calle. Además que vería... ¡un coche con las cortinillas bajas que la traerá como la llevó!... Decidió, pues, que era mejor esperar en la puerta del hotel de Paulina. Vería al menos el traje que llevaba. Pasó todavía media hora. ¡Qué larga se le hizo! Un carruaje apareció al final de la calle; el cupé de la señora Raffraye. Le conoció en seguida. ¿Pero qué importaba esto? Es el a-b-c del adulterio. Dejar el coche propio para tomar otro á la entrada de una tienda ó de un pasaje. ¿No hacía esto para ir á verle á él mismo? Entró el carruaje del que bajó Paulina... ¡Llevaba el mismo manto!

La escena atroz que al día siguiente había estallado entre ellos, la implacable audacia de desdén que ella había opuesto á su acusación, su furor, y la indignación con que él había llegado hasta levantar la mano sobre ella... hasta golpearla, todo este terrible y último episodio hacía que su corazón palpitase violentamente ahora que lo recordaba. Había vuelto á su casa espantado de sí mismo y diciendo: —Es preciso partir.—Y sobre la marcha, en veinticuatro horas había terminado los primeros preparativos. Había subido al tren como un malhechor que huye, rabioso, ciego, sin proyectos, sin cálculos, para estar en otra parte. No paró hasta Marsella donde cometió su última cobardía; pues desde esta ciudad escribió á Paulina una última carta que tardó medio día en redactar, donde mezclaba ternuras y maldiciones; rompióla después de escrita, enviándola en su lugar otra que contenía unas cuantas frases, exigiendo á su infame querida una prueba insensata: que se fugase de su casa para venir inmediatamente á su lado. ¡Terrible é irracional billete que quedó sin respuesta! Ocho días después el joven estaba en Egipto. Allí se embarcó para dar la vuelta al mundo.

—Esta mujer es mi genio del mal—se decía.—
¡Debo olvidarla si quiero vivir y la olvidaré!

Esta es una de las ideas falsas más comunes en el amor, que lo mata todo en el corazón y el orgullo lo primero. ¡Dichosos los amantes á los que así sucede! Desdichados, por el contrario, los otros en quienes este orgullo subsiste, vivo é imperioso, al lado de la pasión más sincera y más absoluta. Esta coexistencia constituye una de las peores enfermedades que nos

pueden afligir. El viaje entonces, en lugar de ser un remedio, envenena la doble herida. En la soledad de las noches, ¡cuántas lágrimas vertemos con la triste vanidad de decirnos! ¡Ella no las ve! A la luz del horizonte, qué de imágenes se evocan; unas, representando la gracia de la mujer que hemos abandonado; otras su más dulce caricia, un gesto que ella hizo estando en nuestros brazos, sus cabellos esparcidos, la tierna melancolía de su mirada en los momentos de pasión. Y en el punto en que asociamos á la idea de un rival aborrecido estos recuerdos, que hieren las cuerdas más sensibles de nuestro sér, experimentamos una amarga pena para la que sólo un consuelo tenemos. ¡Y es tan pobre! el de repetirnos que el rompimiento ha venido de nuestra propia voluntad. ¡Qué no daríamos por saber lo que hace la mujer á la que creemos infiel y á la que antes de escribir nos cortaríamos la mano! Y pasan días y días, y semanas y meses, sin que tengamos un momento de alegría. El aspecto de las diversas ciudades y paisajes que recorremos se desarrolla ante nosotros, sin curar nuestra nostalgia, por un ángulo del gabinete íntimo, entre las flores, donde está el fantasma de nuestras ilusiones. ¡Si pudiéramos verle! Y caminamos, caminamos siempre multiplicando las distancias, amontonando rencores, sin que el fatal orgullo haya matado nuestro amor, ni el amor al orgullo, para volver, como volvió Francisco, con el corazón más ulcerado que en el instante de la partida y más indefenso.

Francisco, pues, había vuelto después de catorce meses de errar por el mundo buscando una curación que no logró. Como el jugador arruinado va de nue-

vo á la mesa del *baccará*, fué á casa de una de las señoras donde encontraba otras veces á su querida; la misma señora de Sermoise, que le había destrozado el corazón en una visita lejana. Esta señora le dió cuenta de extrañas novedades. La señora Raffraye era viuda. Había perdido á su esposo casi súbitamente algunas semanas después de la marcha de Francisco. El solo anuncio de esta viudez bastó para trastornar al joven. Continuando sus confidencias su interlocutora, había añadido que en el momento de esta muerte, Paulina estaba encinta y que había tenido una niña. La madre estuvo á punto de morir, y apenas restablecida, había abandonado París, quedando medio arruinada por desdichadas especulaciones del difunto Raffraye. Había vendido su hotel, sus carruajes, sus caballos, y manifestó su voluntad de vivir de una manera definitiva en la tierra de Jura, donde la habían educado. Y la cruel parisién, sin pensar que hundía en el corazón de Francisco un puñal, ó saboreando la alegría del daño que causaba, añadió que ella no creía en este retraimiento, concluyendo con una nueva sonrisa:

—La veremos reaparecer cualquier día más coqueta que nunca y llamándose la señora de Vernantes. El no salía de allí y pasa todavía algunas semanas en Molamboz.

—¡Y decir—pensaba Francisco con triste melancolía al salir de allí;—y decir que á pesar de todo yo iba á tener piedad de ella! ¡A escribirla sin duda! ¡A humillarme! No; Paulina no me ha amado nunca: ha tenido por mí un capricho de los sentidos y de la imaginación. Su amante estaba lejos entonces. Las

relaciones de los dos se habrían roto por un motivo cualquiera, sin duda porque ella le había engañado. He sido el amante interino. Cuando el otro volvió, Paulina tuvo la idea de conservarnos á los dos. De profesarme verdadero amor, le hubiera causado horror este hombre, causa de nuestra ruptura, y al irme yo no le hubiera recibido más. Y pensaba todavía, sin embargo, ¡qué triste es saber que está enferma, y acaso pobre, y que nada puedo hacer por ella; que es libre y que no puedo darla mi nombre!

Este dolor había sido grande. Hoy ya había concluído. El joven llevó el peso de su desgracia sobre su corazón durante algunos años, sin que ningún nuevo acontecimiento viniese á disminuirle ni á consolarle. No había sabido de Paulina otra cosa sino que continuaba viviendo lejos de París y que no se había casado con su rival, puesto que este rival había muerto. Apenas si de tarde en tarde oía hablar de ella. Paulina se había apartado de todas sus relaciones, y el mundo la había olvidado; pero no Francisco, aunque hubiese hecho voto de no pronunciar jamás su nombre, de huir sistemáticamente de los conocimientos comunes á ambos, y de esquivarse si en el curso de una conversación se la aludía.

Los sentimientos á los que el mal comportamiento de Paulina iba unido, eran muy intensos. Había gozado mucho al principio y sufrido mucho después: y sobre todo, había pensado demasiado. Su duda no estaba disipada tampoco; lo que constituye una de las más extrañas singularidades de la pasión de los celos; la incertidumbre para creer en la fidelidad y en la perfidia.

Las presunciones acumuladas contra su querida no siempre aparecían ante Nayrac con la misma evidencia, y alguna vez llegaba hasta á defender la causa de esta mujer, cuyo silencio le parecía entonces un nuevo enigma. ¿Si el mundo la hubiera calumniado al suponerla en relaciones con Vernantes, si no fuese ella la que él había visto entrar en el cuarto bajo de la calle de Murillo? ¿Si había salido por casualidad enferma y todo aquel día? Volvía pronto, á lo que él consideraba como prueba suficiente; pero á pesar suyo, durante aquellos momentos, sus sueños iban directamente á aquella hija de Paulina, educada allá abajo en su soledad y pensando en que esta niña *podría ser* su hija; no obstante la perfidia de la madre, el joven experimentaba infinita angustia.

¡Podría ser su hija! La idea de no estar seguro de la sangre que corre por las venas de una criatura es cruel. Entonces se dice:—¡Si fuera mi sangre! ¡si yo fuera responsable de esa vida! Y es preciso añadir:— ¡Nunca lo sabré! ¡nunca! ¡Ella misma no estará segura de quién es el padre de esa niña! ¡Qué hondas tristezas forma la traición de la mujer en torno de ella! ¡Qué cruel es estar paralizado por la idea de la mentira hasta en los mayores entusiasmos! Francisco, que no tenía un solo pariente cercano desde la muerte de su hermana, se hubiese dedicado con delicia á esta niña, de creer en su madre.

En vez de esto, sentía una aprensión casi mortal, un horror de agonía pensando que tal ó cual circunstancia pudiera ponerle delante de aquel misterio viviente que renovarí sus más dolorosas crisis con la sola presencia, y hasta procuraba no saber si esta niña vi-

vía aún. En fin, este estado de ansiedad interior le había apartado de los desórdenes propios de su edad y de su fortuna; como todos aquellos que llevan en sí la huella de una pasión desgraciada se pudo librar del aturdimiento del libertinaje; sentíase incapaz de entablar otras relaciones serias.

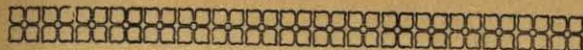
Así, pues, la maledicencia no había pronunciado ningún nombre, cuando la condesa Scilly pidió noticias del joven. Los tristes placeres en que éste había distraído más ó menos su horrible melancolía, no habían tenido más eco que su lejana y cortísima historia en la sociedad en que él vivía, que él atravesaba más bien, porque habiendo vuelto á su carrera, pidió un lugar muy lejano, y otro después y otro, por esta imposibilidad de estar mucho tiempo en un sitio donde es difícil ocultar las sacudidas constantes de la idea fija. Esta idea, en cambio, la laxitud de aquella existencia descujada, la ira por su antigua relajación, la sensación constante de la soledad moral, todo esto había desarrollado en él una infinita necesidad de un cambio, al mismo tiempo que sus recuerdos le quitaban la esperanza. El intenso disgusto que por tan largo tiempo había sufrido, formó en él otro hombre, que aborrecía el amor criminal tanto como el otro lo había amado, y tan deseoso de la paz moral como el otro de las tempestades del corazón. Este había sido el secreto de su arrobamiento cuando habiendo dimitido su cargo definitivamente, se encontró á Enriqueta y esta fué la razón de amarla. Después de los años de dolor y de delirio, veía el horizonte de su segunda juventud, esta tierra prometida, esta felicidad inesperada: el amor de un sér inocente

y en el que creía absolutamente, el que tanto había sufrido con la duda y la desconfianza; la pasión en la lealtad, el que había apurado hasta las últimas heces del ponzoñoso cáliz de la traición; la alegría del corazón en una vida arreglada y dulcemente, divinamente monótona, el que había amado tanto, lejos de todo hogar; el orgullo de una familia, el que tan á menudo había llorado á la idea del camino que hubiese tomado su vida con la certeza sobre la niña de su odiosa querida. ¡Ah! Ella debía de ser odiada, ¡ella, que le había por tanto tiempo depravado el corazón! Reparando las diversas fases de este largo martirio, se abandonaba, sin saberlo, á esa refracción particular de la imaginación que hace que después de haber sido desgraciados por culpa de una mujer, no sepamos separar la parte de responsabilidad que en nuestra desgracia hemos tenido. No hacía tampoco á Paulina la merced de pensar que, después de todo él no había tenido la indiscutible manifestación de su infamia. Apariencias más fuertes han hecho condenar tantos inocentes. No se reprochaba el no haber jamás examinado la crueldad de su juicio sobre ella, informándose de la manera cómo ella vivía en la soledad del campo. Y no sabía si aún permanecía en éste, ó si viajaba, si venía á París de vez en cuando, ó si había renunciado completamente á él. Cualquiera cosa que haga—decía él—será mala—y se le aparecía como una criatura de una perversidad profunda é implacable. Y he aquí, que acababa de saber que estaba allí, con su hija, á dos pasos de la señora de Scilly y de Enriqueta. ¡Vecindad monstruosa cuya idea le atemorizaba más, á medida que recordaba las escenas de

su vida de sufrimientos é impurezas, casi por completo olvidadas desde su entrada en el dulce y fresco Edén de un amor puro! Siempre se hacía la misma pregunta:—¿Qué quiere esa mujer? ¿Evidentemente ella ha tenido noticia de mi próximo matrimonio y de mi estancia aquí? ¿Es una venganza?—La demencia de su horror por su antigua querida era tal, que iba más lejos.—¿Es qué quiere explotarme? ¿Habrá descendido hasta el punto de abrigar estas intenciones? ¿Vendrá á Palermo con la idea de hacer un negocio por medio de la niña? Y no se hacía el sencillo razonamiento de que habiendo Paulina permanecido en silencio algunos años, no tenía ningún motivo para comenzar á atormentarle ahora. No veía más que su presencia, y continuó preso de la locura hasta que habiendo tomado un retrato de Enriqueta, acabó por decirse después de haberle contemplado:

—¡Ah! ¡Yo la amo! ¡Yo la amo! ¡Ella me ama!.. ¡Y nada podrá ya separarnos de este mundo!

Y besó aquel retrato de su ángel bueno como para exorcizar al genio del mal. Un beso largo, tierno, religioso.



III

AGITACIONES CRECIENTES

El sér moral tiene en nosotros, como el sér físico, su instinto de conservación, con la misma inconsciencia y parecido frenesí. El ademán repentino con el que el hombre medio ahogado se agarra al nadador que le puede salvar, ese ademán por el que pasa toda la energía de la existencia, no es más violento ni más irracional que el movimiento del corazón que nos lleva en determinados momentos hacia una persona cuya presencia nos es tan necesaria, como el apoyo al desdichado que se hunde, para salir del abismo á un ambiente de aire respirable.

La súbita invasión de tantas imágenes dolorosas, en plena luz de felicidad, había sido para Francisco la caída repentina á un abismo lleno de agua que por todas partes nos rodea, que nos envuelve á derecha é izquierda, que se extiende á nuestros pies, que pesa sobre nuestra frente.

Ciertos recuerdos causan esta impresión aun cuando las emociones que ellos representan no ejercen sobre nosotros más que una influencia refleja y retrospectiva. Abandonarse á ellos es hundirse en la